

“ chos cuya falsedad le es patente, así como mi oposicion à lo que convenia al rey  
 “ en los Estados de Nántes; y agrego que supone hechos contrarios à los que  
 “ menciona.

“ No digo que sea él quien ha imaginado la intriga; pero sí que él ha arregla-  
 “ do el procedimiento, dirigidolo, dispuesto todo para acusarnos.

“ No digo que de propósito haya querido sacarnos culpables; pero sí que ha  
 “ hecho à un lado intencionalmente cuanto favorecia nuestra justificacion y acre-  
 “ ditaba nuestra inocencia.

“ No digo que haya maniobrado; pero sí que ha ido à Rennes y vuelto à Ver-  
 “ salles à tomar órdenes, regresado à Rennes y à S. Malo, pasado por segunda  
 “ vez à Versailles à dar cuenta y recibir órdenes para ir à darlas à San Malo.”

Estos alegatos tuvieron un écsito inmenso: se imprimieron, y andaban en ma-  
 nos de todo el mundo, de suerte que era ya imposible un fallo condenatorio. El  
 valeroso magistrado estaba lleno de esperanza; pero sus enemigos cambiaron de  
 táctica.

Mad. du Barry, que habia sucedido à la Pompadour y à tantas otras, era en-  
 tónces omnipotente, y el duque de Aiguillon, uno de los *amigos de corazon* de esa  
 cortesana, que de un sitio de prostitucion de humilde clase habia pasado de un  
 brinco al lecho real. Estimulada por el duque, la favorita obtuvo del monarca  
 que envilecia, una declaracion en que se espresaba « que S. M. estimaba oportu-  
 « tano reservarse, en union de su consejo, el conocimiento de la causa de La  
 « Chalotais y de sus cómplices.”

Al punto dió el ministro Saint-Florentin la órden de trasladar al procurador  
 general, à su hijo y à otros diez y seis procesados de S. Malo à Paris, y de meterlos  
 en la Bastilla, à la que entraron el 18 de Noviembre de 1766.

La Chalotais estaba gravemente enfermo cuando llegó à la fortaleza, à pesar  
 de lo cual lo separaron de su hijo, y lo dejaron varios dias sin socorro, ni auxilio  
 de ninguna especie.

Al obrar así Aiguillon, Saint-Florentin y los jesuitas sus amigos, esperaban  
 que el negocio se prolongaria indefinidamente, y que se acabaria por olvidar en  
 la Bastilla à los dos La Chalotais; pero la opinion se declaró con tal fuerza, que  
 hubo que renunciar à esa esperanza. Todos los escritores de fama celebraban  
 à porfia el valor y la virtud de aquellos magistrados. Fatigado el rey de no  
 oir hablar de otra cosa, quiso terminar el negocio, y el 22 de Diciembre de 1766  
 hizo à su consejo la siguiente declaracion, que reproducimos testualmente:

« Señores, estoy muy satisfecho de vuestros servicios. El informe que aca-  
 « baís de darme me confirma en la resolucion que habia tomado ya. No quiero  
 “ que intervenga juicio: quiero esterminar todo delito. Señor vice-canciller,  
 “ espedid las órdenes necesarias y publicadlas selladas: yo me reservo proveer  
 “ sobre lo demas.”

El mismo dia fueron desterrados à Saintes, La Chalotais y su hijo, à quienes

no se les volvieron sus destinos hasta ocho años despues, en el reinado de  
 Luis XVI.

He ahí para lo que servia lo que se llamaba entónces justicia: he ahí los ejem-  
 plos de virtud que emanaban del trono: he ahí lo que pasaria aún à la fecha, si  
 el pueblo no se hubiera acordado de que le pertenecia el poder! . . .

## XV.

La du Barry en miniatura.—Los impresores en el *vade in pace*.—Servicios que se prestaban los go-  
 bernadores de la Bastilla y de Vincennes.—Las buenas madres.—El intendente de Cayena.—Billoté  
 de Vauxvilliers.

El edificante ejemplo del rey no podia ménos de ser seguido por sus ministros,  
 cada uno de los cuales tenia su querida titulada, y todas esas prostitutas vendian  
 à buen precio y al contado toda clase de gracias y favores, que obtenian sin  
 trabajo despues de cualquier orgía. Pero la que con mas descaro hacia ese líci-  
 to comercio, era la querida del conde de San Florentin, llamada Mad. Langheac,  
 verdadera du Barry en miniatura, que conseguia cuanto queria, y que vendia  
 cuanto conseguia.

Esa honrada dama tenia por amigo de corazon y por corredor al mismo tiem-  
 po, à un aventurero que se daba el nombre de caballero de Arcq, el cual la ayu-  
 daba à hacer dinero, y tambien à gastarlo. Un dia le presentóeste al in-  
 tendente de la casa y bienes de la delfina, llamado Laporte, que deseaba alcan-  
 zar para uno de sus amigos un privilegio para la purificacion y filtracion de las  
 aguas del Sena.

—Señora,—le dijo el caballero,—aquí teneis un gentil-hombre que ha conce-  
 bido la feliz idea de sacar una pingüe renta de las nieblas del rio.

—Vaya, caballero, hablad con formalidad. Quereis que en todas partes se di-  
 ga que escojo à mis amigos entre los locos?

—Hablo sin chancearme, señora. El proyecto es sobresaliente, mas para eje-  
 cutarlo necesita el señor Laporte proteccion, y no se parará en gastar unas treín-  
 ta mil libras por arreglar el negocio.

—Treinta mil libras,—contestó con desden Mad. Langheac:—segun eso, se trata de una bagatela.

—Señora,—dijo á su vez Laporte,—algo mas se daria, si hubiera seguridad del éxito.

Y le esplicó de lo que se trataba. La impudente cortesana pidió, entónces, sin andarse con rodeos, 40 mil libras, que le fueron prometidas, y al dia siguiente ecsigió, por conducto del caballero, cincuenta mil, de las que la mitad al contado. Laporte pasó todavía por esa cantidad; pero ella volvió de nuevo á la carga, y logró recibir 57 mil libras por el privilegio que el maligno ministro otorgó á mocion suya, sabiendo con certeza cuanto cobraban por su proteccion. Laporte, miéntras el negocio estaba en via de arreglos, habia confesado al caballero que le daban mucha guerra los asentistas generales, quienes lo perseguian por una suma de trescientas mil libras que aseguraban les debia, aunque la cosa fuera hasta cierto punto disputable. El caballero de Arcq no habia echado en saco roto la noticia, y cuando volaron las cincuenta y siete mil libras, lo que poco tardó en suceder, pensó en sacar partido de la confidencia. Con tal objeto fué á ver á Laporte, á quien dijo:

—Esos bribones asentistas llevan tanto tiempo de estar haciendo de las suyas, que el ministro está furioso contra ellos. Muertos de susto, se han apersonado con Mad. de Langheac, que desde luego se ha propuesto aprovechar la ocasion para obligarlos á condonaros las trescientas mil libras. Yo le habia hablado del negocio.

—Ah!—esclamó Laporte con gran regocijo,—si esa hermosa dama me presta tan importante servicio, mi agradecimiento no tendrá límites.

—Está empeñada en favoreceros; mas por desgracia necesita en este momento la friolera que los asentistas le ofrecen por aplacar la cólera del ministro.

—Y á cuánto monta esa friolera? . . .

—Á unas cien mil libras, si no me equivoco.

—Cómo siento no poder disponer ahora de esa suma!

—En todo cabe arreglo, querido amigo. Con tal que adelanteis un abono admisible.

—Tengo en caja cuarenta y seis mil libras.

—Poco es; pero yo me interesaré por vos, y preciso será que la pantera se humanice.

—Creis que Mad. de Langheac consentirá en? . . .

—No me cabe duda. No sabeis que siempre acaba por hacer cuanto le pido? Traed, pues, ese dinero, y salgamos.

Laporte no podia dudar del resultado. Habia visto con qué facilidad habia obtenido la querida del ministro el privilegio para la filtracion de las aguas, y estaba bastante iniciado en los enredos de la época para saber de lo que eran capaces todas aquellas sanguijuelas. No vaciló, pues, en dirigirse á casa de la cortesana,

á quien encontró mas ecsigente de lo que le habia anunciado el caballero. Manifestó que los asentistas no solicitaban que les fiara el valor del servicio que querian; y que aunque estaba dispuesta á dar la preferencia á un amigo del caballero de Arcq, á quien estimaba tanto, preciso era al ménos que no saliera perdiendo, y que á falta de dinero se le dieran buenas garantías.

—Válgate Dios!—dijo el caballero:—estais perdiendo el tiempo inútilmente; voy á ponerlos de acuerdo en un instante. Vos, señora, recibiréis de luego á luego, si lo teneis á bien, las cuarenta y seis mil libras que os va á traer mi amigo; y vos, querido, daréis las seguridades que se os pidan.

En lo último estribaba la dificultad, en razon de que el intendente de la *casa y hacienda* de la señora delina, no tenia un capital saneado, componiéndose casi esclusivamente su haber del valor de su destino, que era apetecible, y podia ascender á doscientas mil libras. Pero el caballero, que era ingenioso, pronto allanó la dificultad.

—Mi estimado Laporte,—agregó,—no cuenta mas que con su empleo, que no se puede hipotecar; pero seria tontera ver en ello un obstáculo insuperable. Mi buen amigo os firmará una obligacion de cien mil libras, y estenderá al mismo tiempo la renuncia de su destino, para que se pueda venderlo, en caso de que no pague. Ya se deja entender que pagará, y que la renuncia no pasa de una fórmula, que solo se ecsige para hacer el negocio en regla.

Laporte hacia gestos feísimos, porque con el giro dado al asunto, no eran ya ciento, sino ciento cuarenta y seis mil libras las que tenia que aflojar. Sin embargo, como así lograba salir de una deuda de cien mil escudos, ganando un ciento por ciento, el honrado intendente pasó por cuanto se quiso. Lo malo fué que la empresa era demasiado ardua: el ministro se hizo de pencas, y los asentistas generales arreglaron su asunto sin el auxilio de la Langheac. No se crea por esto que ella cejó en sus pretensiones; pero no quiso conformarse con ménos de cien mil libras. Al mismo Laporte, que no pudo pagar, lo persiguió, lo encarceló en el Fuerte del Obispo, y trató de vender su empleo. El intendente ya no se pudo contener entónces, y se afaná en dar á conocer á la infame cortesana, con cuyo objeto, á pesar de encontrarse preso, logró imprimir un escrito en que se revelaban todas las vilezas, todos los robos, todas las dilapidaciones del ministro y de su concubina.

El cuaderno metió mucho ruido. Enfurecido el ministro, juró que haria podrirse en un calabozo á los impresores que habian intervenido en la publicacion, los cuales fueron en efecto aprehendidos con sus cajistas. Los primeros se llamaban Jarry y Moreau: los segundos Rainville y Millet. Se les llevó ante todas cosas á la presencia del ministro, que los llenó de reconvenciones é injurias. Los impresores contestaron que estaban ausentes cuando se imprimió el folleto.

—En tal caso,—replicó el conde de San Florentin,—vuestrs cajistas son unos ladrones, unos pícaros redomados, que se sirven de vuestras letras de molde y

de vuestras prensas, sin entregaros el producto de lo que ganan. Siendo ese hurto doméstico, ahora mismo vais á escribir y á firmar una acusacion en su contra, pues estoy decidido á que esos malvados vayan á galeras.

Moreau y Jarry, que eran hombres de bien, y que no tenían que quejarse de sus cajistas, mas que por su falta de prudencia, se negaron á acusarlos; y el conde, no obstante toda su furia, no osó emprenderla contra los dos íntegros impresores.

—Idos,—les dijo:—me contentaré con tratar á esos perversos cajistas como se merecen. Que se les lleve á la Bastilla.

Ejecutóse la orden metiéndose á Rainville y á Millet en calabozos separados, y no se volvió á oír hablar de ellos. Posteriormente, cuando creyeron apaciguada la cólera del ministro, Moreau y Jarry dieron cuantos pasos son imaginables para obtener la libertad de sus desgraciados dependientes; pero el ministro se encaprichó en no darles audiencia, y el superintendente les contestó que no sabian lo que decian, pues aquellos dos zaragates llevaban tiempo de estar libres. Todas las pesquisas fueron infructuosas: no se pudo llegar nunca á descubrir el paradero de los desventurados cajistas, cuya suerte despertaba el involuntario recuerdo de que no faltaban en la Bastilla esas tumbas llamadas *vade in pace*.

Por lo que hace á la infame muger, causa originaria de todo el mal, no hubo forma de que soltara al intendente Laporte, que murió en el Fuerte del Obispo. La Langheac conservó todavía por años enteros la influencia que ejercía sobre el ministro, y de la que hacia tan honroso uso.

Acabamos de hablar de los *vade in pace*, de que es indudable que se ha hecho uso en todos tiempos, sin faltar por eso otros medios de desembarazarse de las gentes, cuya muerte se había resuelto, y que no se podían entregar á la justicia, por mas adicta y obediente que fuera al poder. Si se encerraba primero á la víctima en la Bastilla, se le trataba de modo que su salud se alterara prontamente, y entónces declaraba el médico que el preso necesitaba cambiar de temperamento. En el acto se daba la orden de trasladarlo á Vincennes, donde léjos de aliviarse, empeoraba el cautivo; y como en tal virtud se tomaban las medidas correspondientes, se le enterraba en el jardín el mejor día. Imposible era que en tal caso no se calificara de natural la defuncion, puesto que el gobernador de la Bastilla podía enseñar el registro en que constaba que el preso había salido enfermo de la fortaleza, y por su parte el gobernador de Vincennes podía comprobar que lo había recibido en un estado casi desesperado, con lo cual se cubrían las apariencias. Otras veces el *sentenciado* á quien se debía ejecutar así, entraba primero en Vincennes para morir en la Bastilla, prestándose estos cortos servicios aquellos carceleros que se intitulaban gobernadores.

Tal procedimiento se empleó con un coronel suizo al servicio del rey de Prusia. Llamábase Rapin, y era hombre intrépido, audaz. En la última guerra había hecho en nuestras fronteras las empresas mas atrevidas, y gran número

de nuestros soldados habían desertado para ir á servir á sus órdenes, seducidos por la esclarecida reputacion de ese gefe, cuyos subalternos todos tenían, á lo que se aseguraba, los bolsillos llenos de oro.

El mariscal de Soubise había logrado ya apoderarse por primera vez del coronel; pero éste se había escapado de la cárcel de Vezel, y permanecía en el territorio de Lieja, en el que se debía creer en seguridad. Allí se le presentaron diestros agentes á decirle que estaban encargados de ofrecerle un regimiento en Francia con las condiciones mas ventajosas y deslumbradoras, enseñándole cartas del ministro de la guerra, y un salvo-conducto en debida forma, para el caso en que se determinara á pasar á Paris, donde lo esperaban los honores y la fortuna. Tanto hicieron, y tan bien, que el coronel se encaminó á la capital, á la que llegó el 15 de Noviembre de 1765. El mismo día se le aprehendió al salir de casa del ministro, que había dicho que no lo podía recibir.

—Os equivocais,—dijo á los esbirros que se le echaron encima.

—No sois el coronel Rapin?

—El mismo; pero he venido á Paris á instancias del ministro de la guerra, y estoy ademas provisto de un salvo-conducto.

—No basta que lo digais, es necesario probarlo.

El coronel saca el salvo-conducto de la bolsa y lo enseña al gefe de los esbirros, el cual lo hace pedazos y se los guarda.

—Ahora,—dijo,—estamos perfectamente en regla: á la Bastilla.

Rapin intenta defenderse; pero lo derriban, lo meten en un coche, y una hora despues lo introducen en la horrorosa cárcel de la calle de S. Antonio.

Ya se entiende que era absolutamente imposible juzgar á ese hombre, y sin embargo, su pérdida estaba resuelta. Se comenzó por ponerlo en un cuarto decente y se le valuó en diez libras diarias: un mes despues se le trasladó á una de esas horribles *cachuchas*, en que los presos se helaban en invierno, y se cocían en estío. La tarifa bajó á tres libras.

Dotado de una fuerte constitucion, el coronel no se desalentó, aprovechando por el contrario cualquiera oportunidad para ecshalar sus quejas contra la odiosa traicion de que era víctima y contra el trato que se le daba. No podía dirigirse mas que á los llaveros, que no le contestaban, y como esto no cambiaba en un ápice su posicion, gritaba veinte veces al día con su voz estentórea, por el boquete de su jaula: YO SOY EL CORONEL RAPIN, TRAIIDO A FRANCIA A TRAICION PARA SER ASESINADO!

Entónces, so pretesto de indisciplina, se le encerró en un calabozo, poniéndolo á pan y agua. Al cabo de dos años de cautiverio, el pobre coronel, tan vigoroso en otro tiempo, estaba débil, entelerido, moribundo. El médico, segun costumbre en tales casos, declaró que el preso necesitaba mudar temperamento, y se le trasladó á Vincennes el 13 de Noviembre de 1767. Allí, su agonía duró todavía cinco años! y no espiró hasta el 8 de Enero de 1772, despues de siete de tormentos.

Pero no solo el rey, sus ministros y las concubinas de estos usaban de la Bastilla para satisfacer sus pasiones, su venganza: ménos aún se necesitaba para abrir las puertas de aquella cárcel, y padres y madres podían, á costa de dinero, emparedar allí á sus hijos, lo que no dejaba de ser bien productivo, porque en aquel tiempo de horrenda corrupcion, muchas lindas damas tenían que disimular las consecuencias de una debilidad, ó que deshacerse de un testigo importuno.

Entre las buenas madres que se valieron de tal arbitrio, citarémos á la marquesa de Flavacourt, la cual habia dado á luz un hijo, durante una larga ausencia de su marido. El marques, á su vuelta, no quiso dar un escándalo; pero sí escigió que el chico, que le habia nacido tan milagrosamente, se educara lejos de su casa. Muerto Flavacourt, se alucinó al pobre jóven, y á fuerza de brillantes promesas, se le determinó á engancharse con el nombre de Pedro de Roger, en el regimiento de infantería del Delfinado.

Todo fué bien al principio; mas al cabo de dos años, viendo el jóven que no se le cumplía ninguna de las promesas que le habian hecho, que su madre parecia haberlo olvidado completamente y que no contestaba á ninguna de sus cartas, quiso reclamar su nombre y sus derechos. Obtuvo licencia por un semestre, pasó á Paris, y no pudiendo lograr que lo recibiera la marquesa, le escribió que estaba decidido á hacer valer su justicia por todos los medios posibles. Mad. de Flavacourt dejó esta carta sin contestacion, como todas las anteriores; pero en cambio el jóven fué aprehendido aquel mismo día, 22 de Abril de 1767, y metido en la Bastilla. Como lo trataron es cosa que no podemos decir á punto fijo, aunque algo lo indica una nota agregada al registro de entradas, en la que se dice que "por incorregible se tomó el partido de trasladarlo á Bicêtre, donde entró el 20 de Enero de 1769, y donde murió el 1.º de Abril de 1773."

Puede haber algo mas horrible?... Cómo! á ese desgraciado que segregais del mundo ántes de que cumpla diez y ocho años, lo declarais incorregible cuando aún no llega á los veinte! Con qué probais tal aseveracion? Con nada. Y si habia cometido un crimen de tal gravedad que lo hacia acreedor al suplicio que le impusisteis ¿por qué no lo mandasteis juzgar? Oh viles verdugos, que ni siquiera teneis el valor del horrible oficio que ejercéis, y que buscáis miserables disculpas cuando os anonada la verdad!

Léjos de ser perverso é incorregible, todo coopera á justificar por el contrario que no faltaba á la víctima, ni talento ni valor. Así lo comprueba el siguiente extracto de un ocurso que dirigió al superintendente de policía en 1772, época en que estaba en Bicêtre, atacado de esa enfermedad incurable, llamada por los médicos *putrimiento de hospital*. El infeliz tocaba á su fin, y sin embargo, se va á ver que conservaba sentimientos delicados. Despues de un preámbulo bastante largo, se espresa así:

"Se me da á entender que depende de mí esclusivamente mejorar mi suerte, y hasta cambiarla completamente, bastando al efecto que declare no ser hijo de Mad. de Flavacourt.

"No puedo ocultaros que todos los trabajos que he pasado en este cautiverio, no han sido suficientes para hacerme consentir en nada; y persistiria en mi resolucion, si no hubiera encontrado una persona que, por el peso de sus consejos, me ha determinado á dar un paso de que no me hubiera creído capaz.

"Lo que debo á mi honor me obliga á manifestar en pocas palabras la sustancia de los consejos que he recibido y que me he decidido á seguir, para acreditar que no los he adoptado mas que por haberseme asegurado que podia sacrificar mis derechos sin faltar al honor ni á la razon.

"Se me ha afirmado que mi resistencia sobre el particular era una ridícula baladronada, un pundonor mal entendido: que seria mas glorioso para el conde de Flavacourt ser vencido y hasta aniquilado, que vivir por mas tiempo en la ignominia con un nombre que no deberia ser pronunciado en esta prision: que si no podia realzarlo con la gloria que le incumbe, debia al ménos arrancarlo de la infamia y del oprobio, y que el arbitrio enunciado era el único que la suerte adversa me dejaba para sostener el brillo y reputacion de aquel.

"Estoy dispuesto á consentir en cuanto se quiera: prometo guardar silencio acerca del nombre que llevo, y al que no puedo renunciar sin ofensa al buen sentido, puesto que he sido bautizado, educado, destinado, favorecido con despachos de la corte bajo ese nombre, sin que se me conozca otro. Veinte años hace que lo uso: por qué quieren quitármelo hoy? Si no me pertenece, por qué me han dejado vivir en ese error? Con qué objeto se ha engañado á un niño y abusado de su juventud? Los que han dejado que esa equivocacion eche raices tan profundas, están obligados, si intentan destruirlas, á probar lo contrario.

"El respeto que me merece la señora marquesa de Flavacourt no me permite entrar en mas detenidas esplicaciones, ni caracterizar la conducta que observa con su hijo. Espero sí que se dignará atender al juicio que forma el público sobre tan rara disputa.

"Hay un medio mas suave: el de que la señora marquesa cuide de mi suerte. Así viviré tranquilo, y afianzaré mi felicidad.

"Mi perdicion se funda en una falta que no puede ser trascendental, pues no he tomado en efecto un nombre oscuro sino para encubrir el brillo del mio; y si el otro no hubiera sido tan célebre, á él me habria atendido como al de Roger.

"Si se tienen pruebas de que no soy Flavacourt, por qué no se exhiben? Mi docilidad seria patente, y de luego á luego renunciaria á un apellido que no me perteneciera. Se emplea la violencia y la tortura para obtener confesiones, y aun cuando fuera capaz de hacerlas, serian contrarias á la verdad. No depende de mí destruir lo que es bien sabido." (1)

(1) Este memorial se encontró entre los papeles de la Bastilla, lo que es un nuevo comprobante de